

EL MUERTO



EL MARQUES DE FORTVILLE,

582692000001 CES XIX

COMEDIA ORIGINAL

52-5

EN TRES ACTOS.

POR

Don Ramon Dominguez Herbell.



MADRID.

BOIX, EDITOR.

Impresor y Librero, calle de Carretas, núm. 8.

1840.

PERSONAS.

EL MARQUES DE FORTVILLE.

ENRIQUE..... } *hijos del marques.*

ROSALIA..... }

EL CONDE DE VOULEBARDE, *ministro.*

EDUARDO, *hijo del conde, general.*

EL REY.

MR. LE TOURRE..... } *consejeros.*

MR. SAINT-CLAUDE..... }

MAD. LUCIA.

Cuatro asesinos.

Un mozo de campo, caballeros, soldados y cuatro del pueblo.



Este drama es propiedad para su impresion y representacion del nuevo *Editor* del teatro moderno español y moderno extranjero; el cual perseguirá ante la ley al que lo reimprima ó ejecute en algun teatro del reino, sin que para ello obtenga su beneplácito por escrito, segun prescriben las reales órdenes de 5 de mayo de 1837 y 8 de abril de 1839.

EL MUERTO



ACTO PRIMERO.

Una sala sencillamente adornada, en el fondo una ventana que se supone dar al bosque; puertas, una á la izquierda y dos á la derecha del espectador; una mesa para escribir.

ESCENA PRIMERA.

ROSALIA y LUCIA. (1)

ROS. ¿Qué, le has visto? Me espera ya?

LUC. No señora, pero un criado suyo os trae esta carta, y oculto en el bosque espera la respuesta.

ROS. ¡Cielos! ¿Qué novedad?... Veamos. (1) «Una orden del rey me llama á la corte, y me es forzoso partir sin tener antes el placer de abrazarte. Si mis ocupaciones son tantas que me impidan verte con frecuencia, ese fiel criado te dará cada dos dias una carta; de este modo me será mas soportable la ausencia de mi adorada incógnita. ¡Pero ah! ¿Qué misterio me oculta tu nombre y me priva del placer de repetirlo y grabarlo en mi corazon? ¡Tal

(1) *Entra con una carta que da á Rosalia.* (1)

(2) *Lee.* (2)

vez calumnia ocasiona ese silencio y soledad! (¡Dios mio!) (1) Si fueses mas franca con quien te idolatra, acaso... el influjo de mi padre... mi ventajosa posicion... pero respeto tu silencio, y hasta el lugar de tu mansion será para mí un sagrado: sé que me amas; sé que eres la mas bella y virtuosa del mundo, y esto me basta. Adios, ídolo mio, no te olvides del que te adora.—Eduardo Voulebarde.» Tal vez una calumnia ocasiona ese silencio y soledad. (2) ¿Lo habrá adivinado? ¿Será cierto? ¡Ah! Yo solo sé qué no nací aquí, que mi padre hizo un papel brillante en la corte... y nada mas. ¡Este afan que tiene mi padre porque vivamos ocultos, y que ni los árboles de estos montes oigan su nombre ni el de sus hijos!... ¡Ay, Lucia, tú debes saberlo todo, y me lo ocultas! Ah! Tú no me amas.

LUC. ¡Señoritala...!

ROS. No, no, tú no eres ingenua conmigo.

LUCIA. ¡Yo!

ROS. Mi padre sin duda tiene enemigos para vivir tan retirado.

LUC. Es verdad, los tiene; y por no afligiros me ha encargado os lo oculte; sin embargo, yo os diria lo poco que sé, pero...

ROS. No tengas cuidado.

LUC. Apenas teniais cinco años, cuando vuestro padre se trasladó de Versailles á Paris con motivo de haber obtenido el empleo de primer ministro. Seis meses vivió en la corte mereciendo el aprecio general, hasta que una tarde en que se esperaba al rey, que debia asistir á un banquete, que el señor marques presentaba, vino á casa el señor Saint-Claude y habló en secreto con mis señores: á poco rato salió vuestra madre, se echó en mis brazos, y llena de afliccion me dijo que ya era la muger mas desgraciada, que no la abandonase...

ROS. ¡Madre mia!

(1) Sigue leyendo pensativa.

(2) Despues de alguna pausa.



EL MUERTO



5

LUC. Ya veo que os affligís, mejor será...

ROS. No, no, Lucía.

LUC. Yo la juré ser siempre su compañera y seguirla al último rincón de la tierra: al oscurecer salimos de París, y sin ser notados nos entramos en este sombrío bosque para ponernos á cubierto de los enemigos de vuestro padre. A los cuatro meses falleció mi buena amiga, habiéndome encargado vuestro cuidado. Aquí vivimos con el silencio que veis sin que yo sepa ni por qué, ni quien persigue al señor marques.

ROS. Ya ves como Eduardo juzga muy bien cuando dice: «Tal vez una calumnia ocasiona ese silencio y soledad» pero él ofrece valerse del influjo de su padre. Sí, le diré... (1)

LUC. Qué queréis hacer?

ROS. Decirle que no se ha engañado: que mi padre se halla perseguido, y que es preciso vengarle.

LUC. Escuchad: Enrique está en todos los pormenores, porque su padre nada le oculta; y él sabrá si conviene ó no, que Eduardo sepa. Creo que ahí viene; habladle francamente y luego podreis contestar á esa carta. No temais: yo me retiro para que habéis libremente.

ESCENA II.

ROSALIA, ENRIQUE.

ROS. Ah Enrique!

ENR. Qué es eso Rosalía?

ROS. Con que mi padre tiene enemigos y solo yo lo ignoraba?

ENR. Quién te lo ha dicho? Sí, los tiene muy temibles, pero?...

ROS. Es preciso que me franquee contigo; mas antes me

(1) En ademán de ponerse á escribir.

has de prometer, que si cometí alguna falta solo tu la sabrás.

ENR. Sí, Rosalía, te lo prometo; habla; no dudes depositar en el pecho de tu hermano cualquier secreto...

ROS. Los males de mi padre pueden terminarse.

ENR. Qué dices?

ROS. Si tu no hubieras sido tan reservado con tu hermana, tampoco ésta lo hubiera sido contigo, y ya no habria necesidad de vivir entre fieras. (1) Lee esa carta, y verás que aun hay quien vuelva por nosotros.

ENR. (2) Gran Dios! Voulebarde! (3) Desgraciada! Qué has hecho? vas á abreviar los dias de ese pobre anciano!... de nuestro padre!

ROS. Qué es lo que dices? Estás loco?

ENR. No, no estoy loco! Sabes Rosalía quien es este hombre? Sabes de quién es esta carta?

ROS. Pues qué, le conoces?

ENR. Sí, le conozco?... Es el hijo del mas encarnizado enemigo de nuestro padre! Del mas poderoso adulator que tiene el tirano.

ROS. Dios mio! Qué oigo!

ENR. Huyendo de ese monstruo, afrenta de la especie humano, vino mi padre con su familia, á buscar un asilo en esta soledad; que no dejaré sin dolor; por descansar en ella las cenizas de la mejor de las madres! Como conocisteis á este hombre? Di...

ROS. Casualmente vino un dia á caza á la misma parte del bosque en donde yo paseaba con Lucía. Su aire marcial, sus tiernas miradas, su conversacion... Todo... me interesó tanto... (¡Infeliz!)

ENR. Por supuesto, sabrá yá tu nombre, quien vive aquí...

ROS. Lée; y verás que todo lo ignora.

(1) Toma Enrique la carta.

(2) Mirando solo la firma.

(3) Una breve pausa.

EL MUERTO



7

ENR. (1) Oh, este amor va á sernos muy fatal! Es preciso huir de aqui.... ¿pero adonde vamos con ese pobre viejo? enfermo, sin recursos... ¡Es imposible!

ROS. Pero Enrique, te parece que un joven tan virtuoso, tan amable, y que tantas veces me juró un amor eterno, pueda causar nuestra última ruina? No, querido hermano: aquel corazon noble no abriga una alma perversa. ¿Qué importa que su padre sea nuestro mayor enemigo? Eduardo me dice, que si soy franca con él, y le digo la causa del silencio y retiro en que vivimos, y somos victimas de alguna calumnia, se valdrá de cuantos medios estén en su mano para que podamos presentarnos libremente en medio de la sociedad. ¡Ah! si yo hubiera sabido lo que con tanto cuidado se me ocultó....

ENR. Qué dices? Se lo hubieras dicho? En el momento en que sepa que la muger á quien ama es la hija de Fortville, nombre que habrá oido mil veces pronunciar á su padre con un tono amenazador, su amor se convertirá en odio; y en vez de prestarnos esa proteccion que ofrece ahora, vendria á arrancarnos de esta amable soledad y conduciria al cadalso á nuestro padre....

ROS. Ay cielos!

ENR. Y despues á sus hijos, para concluir un apellido que aborrece.

ROS. Enrique, por piedad, no me atormentes mas! infeliz de mí! Yo le amaba tanto!... y aun le amo, sí, Enrique; pero jamas sabrá....

ENR. Y te parece que podrá amarte mucho tiempo sin saber tu nombre? O su amor no es puro, ó un lazo sagrado debe uniros; y entonces te es forzoso decirle. «Yo soy Rosalía de Fortville, la hija de aquel cuya sangre desea beber tu padre.»

ROS. Que yo sea la causa de tantos males! Ah!

(1) *Lée un instante.*

ENR. No, hermana mia, tu no fuiste libre en conocerle (1).

ROS. Ni tampoco en amarle!

ENR. No te aflijas, que aun hay remedio.

ROS. Cómo? Dices que aun hay remedio?

ENR. Sí; una idea se me ocurre.

ROS. Por Dios!.. habla... dí...

ENR. Harás un sacrificio para prolongar la vida al autor de nuestros dias?

ROS. Y aun me lo preguntas? Ah Enrique! por él y por tí sacrificaré hasta mi propia existencia. Sí; me llamaré la hija mas dichosa, si á costa de mi vida salvo la de mi padre.

ENR. Bien, querida hermana! No esperaba otra respuesta de una alma tan generosa como la tuya. Oyéme ahora. Lucía enviará una carta á Eduardo diciéndole que estás con un accidente, que regularmente te quitará la vida; cuando él venga, tu no te presentas, y Lucía le dirá que ya te se dió sepultura. De este modo dejará de venir aquí, y renace nuestra seguridad.

ROS. Con que no hay otro remedio, que renunciar su mano para siempre? Que me tenga por muerta, y que pueda amar á otra? Oh! esta idea me horroriza!...

ENR. Qué, no apruebas?...

ROS. Ah, Enrique! no me atrevo: lo confieso; le amo demasiado para engañarle.

ENR. Y no acabas de decirme que sacrificarías tu misma vida?

ROS. Sí, lo digo; mi vida, sí; pero no mi amor.

ENR. Y eso dice la virtuosa Rosalía? Pues bien, cruel, bien! verás en el cadhalso á tu padre, y despues á tu hermano. (2) Y tú, acuérdate que eres Rosalía de Fortville. (3)

(1) *Tranquilizándose.*

(2) *Se retira con indignacion, y se vuelve.*

(3) *Vuelve á marcharse, pero Rosalia le detiene.*

EL MUERTO

9

ROS. Basta, basta, Enrique! ven, que ya no veré mas á Eduardo. Yo haré cuanto tú me dictes.

ENR. (1) Ah, Rosalía! ya respiro; nada hay que temer.

ROS. Sí, ya hice el mayor sacrificio; ¿quieres mas?

ENR. No, hermana mia; voy á poner la carta para Eduardo, que supongo no conoce la letra de Lucia.

ROS. No.

ENR. Pues bien; la instruiré de lo que debe hacer. ¿Está en tu cuarto?

ROS. No; allá dentro está.

ENR. Voy á verla.

ESCENA III.

ROSALIA.

Qué es esto que me pasa, Dios mío! Habrá una mujer mas desgraciada? De qué me sirve la vida, si no puedo consagrarla á Eduardo? Ah! vendrá á este sitio! Llorará muerta á la que solo vive para él! Oiré sus tristes lamentos!.. No, no lo podré sufrir: mi muerte será real; y así salvo á mi padre, obedezco á mi hermano, y no engaño á mi amante. (2) Pero... qué, no hay mas remedio que suicidarme, ó engañarle? Son acaso justos cualquiera de estos medios que elija, aunque sean para salvar á mi padre? Los dos prohibe la religion... Ah! yo impediré que esta carta fatal llegue á sus manos. (3) ¿Quién?

(1) Con alegría.

(2) Va á entrar en su cuarto, y se vuelve pensativa.

(3) Se sienta á escribir.

ESCENA IV.

ROSALIA, LUCIA.

ROS. Ah! Eres un angel que viene á socorrerme!

LUC. Todo lo he escuchado : estoy pasmada! Quién podía figurarse?...

ROS. Y Enrique?

LUC. Estaba hablando conmigo, y le llamó su padre.

ROS. No te habló nada de una carta?

LUC. Si señora : dijo, que luego me la dará.

ROS. Lucía, tienes en tu mano el darme ó quitarme la vida. Tu fuiste hasta aquí mas que amiga , una madre : ¿ Serás ahora mi verdugo?

LUC. Señorita !

ROS. Vas á separarme para siempre de mi amado Eduardo! Y tú que le conoces y sabes cuánto me ama, tendrás valor para engañarle?

LUC. Y no veis que vuestro hermano?...

ROS. Sí ; obedécele, pero mi muerte, no será supuesta.

LUC. Y sabiendo que es hijo de un enemigo de vuestro padre insistís en amarle ?

ROS. Y porque el padre sea malo, lo ha de ser también el hijo? Tu conoces á Eduardo , sabes su virtud, y finalmente, sabes cuanto nos amamos.

LUC. Pero cuando sepa vuestro nombre....

ROS. Entonces quizá me amará mas : porque si es virtuoso , como lo es, compadecerá mi suerte, y procurará mejorarla ; y si fuese orgulloso, no le pesará de amar la hija de un marqués.

LUC. Y bien, qué pensáis hacer?

ROS. Huir con Eduardo ; ya lo sabes. Esa carta de mi hermano quiero yo romperla , y enviar otra en su lugar. Si no me la das, no eres mi amiga.

LUC. Yo os la daré ; pero es preciso que reflexioneis que vuestro padre se morirá de pena , al verse sin su querida hija. Además , sabéis si Eduardo, aun dado caso de que conociéndoos no se minore su amor , querrá dejar á su padre, y despreciar los

EL MUERTO

II

honores y fortuna que le adquiere la intimidad de su padre con el rey?

ROS. Si, todo lo abandonará; y él mismo me lo propuso, no habiendo un motivo como ahora. El me ama en extremo; y diciéndole yo que no hay mas remedio que renunciar mi mano para siempre, ó toda relacion con su padre, estoy segura de que, por mucho que le ame, no dudará un momento dejarle por seguirme.

LUC. Ah! y quién consolará á vuestro padre? Qué dolor será el suyo, verse sin una hija que es su único consuelo!

ROS. Yo le dejaré una carta que le instruya de todo: le diré que nuestras almas nacieron para amarse; que ni Eduardo ni yo, podemos vivir separados: y que como su padre, no solo no aprobaria nuestra union, sino que llegaria á saber que se ocultaba aquí el marqués de Fortville; el único medio que hay para conciliar su seguridad con la felicidad de su hija, es huir. Esta es mi resolucion, Lucia; ahora no me abandones, que es cuando mas necesito de tu amparo.

LUC. Yo haré todo cuanto esté en mi mano; pero si supieseis lo que sentiremos vuestra ausencia...

ROS. Ah! Solo Dios sabe Lucia, cuánto siente mi alma dejar á mi querido padre; pero no hay remedio.

LUC. Creo que viene vuestro hermano.

ROS. Sí; él es.

ESCENA V.

Dichas y ENRIQUE.

ENR. Toma; (1) llévala al que trajo la otra, y no le digas ni una sola palabra; vuélvete sin hablarle. Luego te enteraré de lo que debes hacer, que ahora me espera mi padre.

(1) *Entra con una carta, y la dá á Lucia.*

ESCENA VI.

ROSALIA , LUCIA.

LUC. Tomadla (1).

ROS. A ver lo que le decia, (2), «Señor de Voulebarde. Ya pasa de diez y ocho horas que la señorita fué acometida de un accidente, y todos la creemos cadáver; pues no da señal alguna de vida; y si dentro de seis horas no vuelve de este letargo mortal, se la dará sepultura. Siento daros tan infausta noticia, pero creo ser esta la obligacion de la amiga de vuestra malograda incógnita.» (3) Qué golpe éste para el pobre Eduardo! No, no llegará á sus manos.... Toma esta otra.... te la leeré. «Querido Eduardo: si me amas, es preciso que abandones todo, y vengas esta noche dispuesto á partir conmigo á un pais extranjero; porque no hay remedio, sino huir de aquí, ó separarnos para siempre. Adios, esta noche sabrás el nombre de tu incógnita.» Entrégala á ese mozo, y encárgale que no se detenga.

ESCENA VII.

FORTVILLE, ROSALIA.

FORT. Oh, Rosalia! hoy te levantaste muy temprano.

ROS. Me dolia la cabeza y me levanté porque me fasti-

(1) *Lucia dá á Rosalia la carta que la dió Enrique.*

(2) *Rosalia la abre y lee.*

(3) *Habiendo acabado de leer, rompe la carta y escribe otra que dará á Lucia despues de habérsela leído.*

EL MUERTO



13

diaba la cama. ¿Y vos, padre mio, habeis descansado?

FORT. El descanso, hija mia, hace ya mucho tiempo que huyo de mí! Solo en la tumba descansará tu padre!

ROS. Que siempre habeis de estar tan triste! Por qué no procurais distraeros?

FORT. Ah! La alegría se acabó ya para mí! Y sino fuese el consuelo de verme tan amado de mis hijos.... No es verdad, Rosalia, que quieres mucho á tu padre?

ROS. Si señor, mucho. (1) Qué padre tan amable! Y yo le he de abandonar! Dejarle solo! Ah! (ap.)

FORT. Sí, hija! Ya sé que amas mucho á tu padre!.... Tanto me gusta tenerte á mi lado, que ya me olvidaba... (2) Aun no se vé.

ROS. De quién hablais?

FORT. De Saint-Claude, que debe venir hoy, y le espero con impaciencia. (3) Ah! ya viene! Gracias á Dios!

ROS. Con vuestro permiso, me retiro.

FORT. Sí, querida. (4) No me engaño. El es!

ESCENA VIII.

FORTVILLE.

Este es el único amigo que me ha quedado! Amigo verdadero! que despreciando peligros, espuesto á la vigilancia de mis enemigos nada le impide ver

- (1) La abraza.
- (2) Mira por la ventana.
- (3) Volviendo á asomarse.
- (4) Fortville continúa asomado en la ventana: Lucia entra por la puerta que sale al bosque, y entra con Rosalia en su cuarto.

nir á socorrerme! Qué hubiera sido de mí y de mis hijos si el virtuoso Saint-Claude nos abandonase? Ah! sin duda pereceríamos! A qué estado tan deplorable me ha reducido la perversidad de los hombres! Condenado á vivir como un delincuente, despues de haberme sacrificado por servir á mi patria! Es este el pago que dan los reyes á quien les sirve? Si una calumnia que forja un vil adulador, basta para que un rey olvide en un instante los servicios que le haya prestado su mas privado favorito, puede haber quien se sacrifique por un rey? Ah! Qué le hice yo para que me creyese traidor? No lisonjeaba sus pasiones, y le hacia ver que un rey no recibe autoridad alguna del cielo para tiranizar al pueblo; sino que este pueblo se la dá para protegerle, y defender sus derechos. Quizá esto no le gustaba! de Tourre y Voulebarde habrán conocido la debilidad del rey, y les pareció que una calumnia, por infundada que fuese, era bastante para perderme! Sí, conozco que les estorbaba. Pero de qué medio tan bajo se valió su malicia!...

ESCENA IX.

FORTVILLE, SAINT-CLAUDE.

FORT. Oh, mi amigo Saint-Claude! Solo tu no me abandonas! Ya estaba con cuidado....

SAINT. Ya sabes que yo nunca falto á mis amigos.

FORT. Como tu eres el único que me ha quedado en la desgracia, cuando llega la hora señalada, y no te veo, ya no puedo descansar: me asomo á esa ventana para verte llegar; y si tardas me asaltan mil temores..... Temo tanto perderte..... Qué sería de mí?

SAINT. El cielo jamás abandona al inocente, y el que merece este nombre nada tiene que temer.

FORT. Ya, ¿pero si tú faltases?

SAINT. Si yo faltase amigos tienes aún que me suplirían.

EL MUERTO



15

FORT. ¡Ah! Solo tú eres mi amigo, y solo tú no te avergüenzas de haberlo sido.

SAINT. Pues no, Fortville, aun tienes amigos; te repito, no lo dudes: hace seis meses que se pidió á los vecinos reinos una lista de los franceses residentes en ellos; y no hallándote comprendido en ninguna de ellas, se presume que te ocultas en el reino, y se trata de hacer en todo él el mas escrupuloso registro que deberán practicar personas de distincion. Aunque nadie sospecha que te halles en este departamento, Eduardo Voulebarde lo cree así, y aun asegura que tengo secretas relaciones contigo. Este jóven tiene grande interés en salvar tu vida. El rey le ha comisionado para buscarte, y ha conseguido de S. M. se le permita delegarme esta comision, convencido de que la desempeñaré gustoso para librarte del furor de tus enemigos. Con que no soy solo tu amigo; este lo es tambien, y muy grande.

FORT. ¡Infame! ¿Diez años de sufrimientos, y condenado á vivir antre fieras, aun no basta á apagar la sed de vuestra venganza?... ¿Aun me perseguis?... ¡Ah, Voulebarde! ¡Voulebarde! ¿No te bastó calumniarme, y conseguir mi proscripcion para recompensarme los favores que yo ¡insensato! te habia prodigado?

SAINT. Fortville...

FORT. Pero en vano me persigues ya: No; ni tú, ni el perverso le Tourre, tendreis el placer de verme espirar en un patíbulo; porque, aunque viejo, me sobrarán fuerzas para ahorraros ese trabajo.

SAINT. Pero si nada tienes que temer...

FORT. ¡Ay, Saint-Claude, que poco conoces los hombres! Esa es una estratajema para sorprenderte y perderme.

SAINT. No seria inútil esa desconfianza sino tuviese yo grandes pruebas de la honradez de este joven. No hay duda de que hay mucha diferencia del padre al hijo. Eduardo ama en extremo á su padre, pero mira con horror su corazon sanguinario; y yo mismo le he visto varias veces verter lágrimas al ver

las crueldades de su padre. Sobre todo, Eduardo no es capaz de engañar á nadie.

FORT. Mas incapaz creí siempre á su padre, y me vendió. ¡Dio. Hipócrita! traidor!

SAINT. Ya veo que los trabajos te hicieron desconfiado; pero no por eso has de medir todos los corazones por el del vijo Voulebarde, que en ese caso llegarías á desconfiar de mí, y eso me ofendería.

FORT. ¡De tí! Ah! no, amigo: yo conozco que me dejaría arrebatado demasiado.

SAINT. Pues te repito que el jóven Voulebarde tiene un carácter muy bello; y debemos confiar de él.

FORT. Y dime, Saint-Claude, ¿qué méritos tiene ese jóven para haber ya llegado al grado de general?

SAINT. Los mismos que comunmente tienen los hijos de reyes: todos los que gozan el favor de los reyes; pero es muy capaz de serlo: sí, mas digno es Eduardo de ser general que su padre de ser ministro... Yo no puedo detenerme. Quedas tranquilo con respecto al general?

FORT. Aunque debo temerle todo, basta que tú lo creas ingenio para no temerle yo; pero como el corazón humano es tan fácil de corromperse, no estaría demás la reserva.

SAINT. Te aseguro que si tratase de engañarme, él sería el burlado; pero no: le conozco, y me merece el buen concepto. Algun día se le escapó decir que no sabía la historia de la familia de Fortville; pero que aun esperaba tener un día el gusto de abrazarle.

FORT. Quisiera que este hado fatal, que tanto tiempo me persigue, me fuese menos cruel para mostrarme mi gratitud. Pero, ¡ah! mis enemigos triunfan! y alucinando al monarca con su vil adulación, le cierran los ojos para que no conozca la malicia de los que le rodean. ¡Qué débil es un rey! Como nunca vé sino por el telégrafo de un ministro, sus decretos van siempre revestidos de la condicion de éste; y si es un egoísta y perverso como Voulebarde, solo sirven para agoviar al pue-



blo, perseguir al justo, y alejar de sí á todo aquel que no aplauda su vanidad ó ignorancia. Los tiranos quieren que se les lisonjee, y alaben como virtudes sus mas feas pasiones. Esto es lo que yo no se hacer, y es precisamente lo que saben hacer el Tourre y Voulebarde. Yo siempre hablé al rey con la libertad de un ciudadano y no con la humillacion de un esclavo. Hé aquí por qué me creyó autor del crimen que esos infames me imputaron: y mientras que le Tourre y Voulebarde esten al dado del rey, seré siempre perseguido. Con que ya véis, Saint-Claude, que es inútil formar esperanzas ilusorias.

SAINT. Pues yo pienso aun verte otra vez en la corte..

FORT. ¡Oh! no, Saint-Claude, porque aunque llegase un dia en que prevaleiese la verdad, no por eso cambiaria ya la paz de estas breñas por el ruido de una corte corrompida: y solo por mi honor quisiera que el rey conociese que Fortville no es un traidor, solo sí un amante de su patria y un amigo del pueblo.

SAINT. ¿Te parece que amar al pueblo y reclamar sus derechos es otra cosa que ser traidor á un tirano? No, Fortville: los déspotas, aunque reciben la autoridad del pueblo, luego que coronadas sus testas empuñan un cetro de hierro, le miran como enemigo temible que deben encadenar para que no se les revele: y todo aquel que trate de protegerle le tienen los tiranos por un traidor. Pero Dios es justo, y él defiende tu causa. Sí, Fortville, no hay que abatirse; aun creo ver á Voulebarde implorar tu proteccion.

FORT. No, amigo, no llegará este caso; pero para perdonarle escuso me lo ruegue: Sí, á Voulebarde perdono su malicia, y al rey la ignorancia.

SAINT. Ya es muy tarde; á Dios, me retiro hasta mañana, que si puedo volveré á verte.

FORT. Escuso recordarte que solo tú eres mi amigo.

ESCENA XI.

FORTVILLE, *despues* ENRIQUE y ROSALIA.

FORT. ¿Rosalia? (1).

ENR. ¿Se fué el señor Saint-Claude?

FOR. Ahora mismo.

ENR. Lo siento!

FOR. Aun no habrá montado á caballo. Y tú, estás mejor de la cabeza? (2)

ROS. Si señor.

ENR. Ya no es tiempo! No le alcanzo! (3) Precisamente se marchó hoy tan temprano.

ROS. (¿Qué le querrá?)

ENR. Juzgué que se quedaba hasta mañana.

FOR. Luego te diré...

ROS. Si quereis me retiraré.

FOR. No, hija, no.

ROS. Lo decia porque si teniais que hablar... (4)

FOR. Rosalia, hoy no me hablas con el cariño que sueles. Tu tambien andas muy distraido. Habeis tenido algo? Habeis reñido, acaso?

ENR. No señor; nosotros no reñimos nunca: al contrario, nos queremos mucho.

FOR. Pues no hay que disgustarse por nada: aqui viviremos tranquilos; si hijos míos: aqui no llega el contagio de la ambicion, ni de la envidia, que solo se abrigan en una corte; y no caben estos vicios en una casa tan reducida como esta, ni entre dos hijos y un padre que tan tiernamente se aman. (5)

(1) *Llamándola.*(2) *A Rosalia que sale.*(3) *Enrique mira por la ventana y se vuelve impaciente.*(4) *Con modesta ironia.*(5) *Rosalía que siempre estuvo triste, no puede contener el llanto.*

EL MUERTO

19

ENR. (1) Por Dios, Rosalía! Si te ve llorar sospechará... y será necesario revelarlo todo.

ROS. Ya no lloro. (2) Ni tú sabes tampoco la pena que me devora! (3) Padre querido!

FOR. Qué tienes, hija mía?

ENR. Se entenece.

ROS. Nada; me gusta abrazaros.

FOR. Ah! alguna pena te aflige, y me la ocultas! Qué tienes?

ROS. Ah! nada, nada; sosegaos.

FOR. Y por qué lloras?

ROS. Porque os amo mucho.

FOR. Ya lo sé, querida, pero no quiero verte triste; quiero que mis hijos esten vertiendo alegría al lado de su padre. Vaya, adios; que como me levante con la impaciencia de ver á Saint-Claude estoy cansado. Dame otro abrazo, y hasta mañana. (4) Enrique ven conmigo.

ESCENA XII.

ROSALIA.

ROS. Hasta mañana! Quizá será este el último abrazo! Ah!... Me dice, que hasta mañana!... Mañana ya no le veré!... Quién podrá consolarle? Padre de mi vida!... No sé que hacer... Me faltan fuerzas para dejarle... Qué haré?... Ah! Ahn lo dudo? Salvar (5) á mi padre huyendo con Eduardo.

(1) *Aparte á Rosalia.*

(2) *Aparte.*

(3) *Abraza á Fortville.*

(4) *Se abrazan, y Rosalia procura ocultar el llanto.*

(5) *Resuelta.*

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Noche oscura. El teatro representa un bosque sombrío con una casa á la izquierda: se oirán truenos que irán cesando por grados; y al principio habrá tambien relámpagos.

ESCENA PRIMERA.

ROSALIA (1).

Infeliz Rosalia! toda la naturaleza conspira contra tí! Cielos! Qué noche tan oscura y tempestuosa!... truenos!... relámpagos!... Ah, el cielo quiere impedir un crimen!... Sí; un crimen que voy á cometer en abandonar á mi padre... á un padre que tanto me ama... que morirá de dolor al verse sin su Rosalia... Ah (2) no! ya no le abandono: prefiero no ver mas á Eduardo... (3) Qué digo? no ver mas á Eduardo? No verle mas, y engañarle? No, no! Perdonadme, padre mio! Dios sabe cuan-

(1) *Saliendo de la casa.*

(2) *Resuelta á quedarse, hace ademán de volver á entrar en la casa.*

(3) *Queda á la puerta, y despues de una breve pausa vuelve á la escena.*

EL MUERTO

21

to siente mi alma dejaros en esta triste soledad; pero he jurado amar á Eduardo; le di mi corazón, y sin él, no me es posible vivir... (1) Este ruido... es de caballos... (2) sí, él es! Oh terrible momento! gran Dios! dadme valor, ó mudad mi destino.

ESCENA II.

ROSALIA, EDUARDO.

ROS. Eres tú, Eduardo.

EDUAR. Sí, reina mía! Ya me tienes aquí pronto á cumplir tus órdenes. Una silla de posta que nos aguarda á la salida del bosque, nos llevará con la velocidad del rayo á Marsella, y allí nos embarcaremos por donde quieras. Traigo letras de cambio con cantidades suficientes para que nada nos falte. Nada hay que temer. Oh, que días tan venturosos nos esperan! La tempestad ha calmado, y no debemos perder un momento tan precioso.

ROS. Aguarda: quiero informarte antes de la causa que me obliga á separarme de esta casa, donde me quedan objetos muy amados.

EDUAR. Cualquiera que ella sea, es para mí muy poderosa y aunque quisiera saberla, jamás te la preguntára, porque siempre he respetado tu silencio; por eso mismo, al leer en tu carta aquellas terminantes palabras: «ó huir, ó separarnos para siempre» no dudé un momento qué partido debía tomar; y solo se ocupó mi imaginación en el venturoso porvenir que nos aguarda... en pensar que íbamos á unirnos para jamás separarnos. Le tempestad que se levantó, lejos de intimidarme me infundía mas

(1) Se oye ruido de caballos y aparece una persona.

(2) Escuchando.

valor, y mas deseo de llegar aquí; porque me parecia que el cielo queria mostrarme con ella, lo que pasaba en tu corazon... y... solo me acompaña un sentimiento.

ROS. Cuál?

EDUAR. Que no merezco tu confianza y por consiguiente tampoco todo tu amor.

ROS. Mi amor! Ay, Eduardo! El temor de perder el tuyo...

EDUAR. Qué dices?

ROS. Me amarás siempre, Eduardo?

EDUAR. Y me lo preguntas? Ah! solo con la muerte podrá extinguirse mi amor.

ROS. Me dirás lo mismo cuando sepas el nombre de la que amas?

EDUAR. Cuánto me atormentas con esa pregunta! Si le su piese, con cuánto placer le repetirían mis labios!

ROS. Y si te fuese odioso?

EDUAR. Jamás creí que fueses tan cruel con quien te adora: odioso tu nombre! Qué es lo que dices? Repito que sí yo le supiese...

ROS. Lo sabrás; pero es necesario que despues que salgas de aquí, no conserves con tu padre la menor relacion; ó al menos que ignore siempre el nombre de tu esposa.

EDUAR. Pues qué, mi padre?...

ROS. Es quien ha causado la desgracia de mi familia.

EDUAR. Qué oigo?

ROS. Por eso quiero desengañarte, antes de uniros para siempre

EDUAR. ¡Por Dios! ¡sácame de esta cruel incertidumbre!

ROS. ¿Oiste nombrar alguna vez al marques de Fortville?

EDUAR. ¿Eres tú acaso de su familia?

ROS. Su hija Rosalia.

EDUAR. ¡Cielos!

ROS. Este es mi nombre, me amarás ahora?

EDUAR. No fué vano mi temor! Desgraciado Eduardo!
(Aparte.)



ROS. ¿Callas?... Parece que el nombre de incógnita te era mas caro que el de Rosalia de Fortville! No deseabas saber mi nombre para repetirlo mil veces y grabarlo en tu corazon? Pues ya lo sabes, y veo que no te fue grato.

EDUAR. Ah, Rosalia!... Virtuosa Rosalia!... Deja, déjame admirar esa alma que el cielo ha criado tan pura!... Amas al hijo de Voulebarde, siendo tú hija de Fortville?... No, Rosalia, no soy digno de tu amor, sino de tu odio y venganza.

ROS. Tú! Por qué?

EDUAR. Porque soy Eduardo Voulebarde!

ROS. Acaso perseguiste tambien á mi padre?

EDUAR. Yo!... Ah! no: sé que es inocente.

ROS. Y por qué dices que no debo amarte?

EDUAR. Ya lo dije. Rosalia: porque soy hijo de Voulebarde.

ROS. Y por eso no mereces ser esposo de Rosalia?

EDUAR. No, ni lo merezco, ni tu padre lo permitiría.

ROS. El tuyo es quien no solo no lo permitiría, sino que te incluiría entre los objetos de su furor. Hé aquí el motivo por qué es preciso huir, único medio de conseguir nuestra mision sin esponer á mi padre á la venganza del tuyo. Aquí ha vivido tranquilo, á pesar de la solicitud con que tu padre lo buscó para perderle, tu frecuencia en este lugar le escitaría sospechas, y vendría á concluir una obra que desea con tanto anelo llevar á cabo. Ya lo sabes todo. Si ahora amas á Rosalia, como antes á la incógnita, no te detengas, huyamos ya de aquí.

EDUAR. Sí, incomparable Rosalia; que aunque quisiera echarme á los pies de tu padre, é implorar su perdón, lejos de obtenerle, mi presencia le renovaría la memoria de mi padre, y sería yo el blanco de su justo odio y de sus severas reconvenciones.... Sí, sí, Rosalia, huyamos; no esponga yo la dicha de poseerte (1.) Ven, que la menor detencion puede sernos muy funesta...

(1) La toma de la mano.

ESCENA III.

Dichos, ENRIQUE.

ENR. Rosalia, Rosalia. (1)

ROS. Mi hermano! (2)

EDUAR. Qué hacemos?

ROS. Huye tú...

EDUAR. Contigo. (3)

ROS. Ya no hay tiempo, huye.

EDUAR. Sin tí, no no me es posible: ven. (4)

ENR. Rosalia! Qué haces! (5) Ah, malvado, no lo conseguirás.

ROS. Enrique! Ay! (6)

ENR. Defiéndete.

EDUAR. Yo no saco la espada contra un hermano.

ESCENA IV.

Dichos, LUCIA.

ENR. Hermano!...

LUC. Qué veo!... Señorita.

ENR. Quién eres tú, que me llamas hermano?

EDUAR. Eduardo Voulebarde; el esposo de Rosalia de Fortville.

ENR. Y sabéis su nombre!... oh! os juro que dejareis

(1) *Desde adentro llamando y haciendo ruido como para bajar una escalera.*

(2) *Desasiéndose de la mano de Eduardo, y muy asustada.*

(3) *Sigue Enrique llamando.*

(4) *Coge Eduardo à Rosalia, y le hace fuerza para que le siga.*

(5) *Sale Enrique con una espada en la mano.*

(6) *Rosalía cae desmayada.*

EL MUERTO

25

aquí la vida. Defendeos, ó morireis como un cobarde.

EDUAR. Para que sepais que no lo soy, me defenderé; pero sois caballero, y conocereis que á mí me toca la eleccion de arma. (1)

LUC. Señores !... Por Dios! (si consiguiese retirarla.) (2)

ESCENA V.

ENRIQUE y EDUARDO.

EDUAR. Tened una (3)

ENR. Maldicion! (4)

EDUAR. Podeis volver á preparar. (5)

ENR. Caballero! (6) No os comprendo!

EDUAR. Pues es muy facil.

ENR. Cómo, siendo vos Voulebarde, respetais la vida del hijo de Fortville?

EDUAR. Porque no quiero ser fraticida, y por que sepais que no todos los de este apellido que detestais son vuestros enemigos.

(1) *Saca Eduardo dos pistolas, y las ofrece á Enrique para que tome una, este envaina la espada, y toma una con indignacion; se apartan algunos pasos uno del otro, y dispara primero Enrique, que dá un grito de desesperacion porque le faltó el fuego. Eduardo se vuelve un poco, y dispara contra el suelo; marcando bien esta accion para manifestar que no quiere ofender á Enrique, pero todo con suma serenidad.*

(2) *Mientras Eduardo toma de sus bolsillos las pistolas; Lucia incorpora á Rosalia, y se entra con ella en la casa, pero seguirá desmayada y apoyada en los brazos de Lucia.*

(3) *Ofreciendo Eduardo las pistolas:*

(4) *Desesperado por haber la suya negado fuego.*

(5) *Despues de haber disparado á un lado y contra el suelo.*

(6) *Sorprendido, pero confundido.*

ENR. Ah! permitidme abrazaros, virtuoso joven!

EDUAR. Sí, y ojalá fuese tan feliz, que mereciese de vuestro padre igual prueba de generosidad.

ENR. Oh! La generosidad está en vos, que acabais de salvar mi vida!

EDUAR. Ese es mi deber! ¿Y... Rosalia? (1) ¡No está aquí!

ENR. Arriba está: ahora subiremos.

EDUAR. Cómo!... No, amigo mío; yo quiero...

ENR. Qué!

EDUAR. No os opongaís á mi dicha: aquí no puedo ser esposo de Rosalia: la adoro! sin ella no puedo vivir!... y solo huyendo...

ENR. Ah, no! Una alma tan generosa como la vuestra podrá ver con indiferencia el dolor que causará á mi padre perder una hija que es el único consuelo que le ha quedado en la desgracia?

EDUAR. Yo no tendria mayor placer que vivir en su compañía con el dulce título de esposo de Rosalia. ¡Ah, qué grata me seria entonces esta soledad! Pero vuestro padre se desdenaría de llamarme hijo suyo, y aun cuando lo consintiese tendria á la vista un retrato de su perseguidor, y su pena acibararia mi felicidad.

ENR. Digisteis que se desdenaría de llamaros hijo suyo! No sois un general?

EDUAR. Eso nada vale para quien solo aprecia al hombre por sus virtudes, y en mí solo veria un hijo de su enemigo, y creyendo que yo fuese tambien...

ENR. Por lo mismo que solo aprecia el hombre por su virtud, solo verá en vos un corazon noble, y no al hijo de su enemigo.

EDUAR. Pues bien, me echaré á sus plantas; tal vez me permitirá acompañarle en su infortunio con el nombre de hijo suyo, hermano vuestro y esposo de Rosalia. (2)

ENR. Aguardad (3); quiero prevenirle, porque la pre-

(1) *Mirando á los lados.*

(2) *Hace ademán de entrar en la casa.*

(3) *Deteniéndole.*

EL MUERTO

27

sencia de un hombre desconocido á esta hora, y luego oir vuestro nombre, le causaria una sorpresa que le costaria la vida.

EDUAR. (En tal estado el marques de Fortville! Ah tirano!)

ENR. Regularmente está despierto: voy á hablarle; mientras, podeis subir y ver á Rosalia, que estará con cuidado.

EDUAR. Ah! Sereis mi amigo?

ENR. Seré vuestro hermano.

EDUAR. Dadme esa mano. (1)

ENR. Y tambien mi vida si es necesario.

Mutación de salon corto como en el primer acto.

ESCENA VI.

ROSALIA, LUCIA. (2)

ROS. Ay! Qué no veo á Eduardo! ¿Le habrá muerto Enrique!

LUC. Ahí lo teneis.

ROS. Quién? Eduardo! (3)

ESCENA VII.

Dichas, EDUARDO.

EDUAR. Rosalia! Ya somos felices?

ROS. Y mi hermano?

EDUAR. Fue á hablar á tu padre.

ROS. Cómo!

EDUAR. Estoy ya resuelto á vivir aqui contigo, si se consigue que tu padre lo permita.

(1) Se dan la mano, y ambos entran en la casa.

(2) Rosalia y Lucia aparecen en la escena, y aquélla saliendo del desmayo.

(3) Viéndole entrar.

ROS. Qué dices, Eduardo! Podremos disfrutar de los placeres del amor sin dejar solo á mi padre?

EDUAR. Sí, hermosa Rosalia; hoy me considero el mas dichoso mortal! Qué felicidad podrá competir con la mia! Ah! ninguna. Verme en los brazos de mi querida Rosalia, y oír que el virtuoso Fortville me llame hijo suyo, será mi mayor dicha.

ROS. Pero de veras, mi hermano, se reconcilió contigo! Será este sueño?

EDUAR. No, no es sueño.

ROS. Con qué, ya no nos separaremos nunca?

EDUAR. No, Rosalia; porque espero que Enrique hará que tu padre se desarme contra mí; y si no lo consiguiese recurriremos á nuestro primer intento.

ROS. No será necesario, porque á quien yo mas temia era á Enrique; y una vez que ya ganaste su afecto conseguirás lo mismo de mi padre; pues solo se diferencian en la edad, sus genios son iguales.

EDUAR. A pesar de eso temo mucho que á primera vista...

ESCENA VIII.

Dichos y ENRIQUE.

ENR. Apenas me dió tiempo de hablarle. Al oír que estaba aqui Eduardo Voulebarde, se incorporò en la cama, y sin escucharme permaneciò inmóvil un breve rato, repitiendo trémulo vuestro nombre. (1) Luego se arrojó precipitado de la cama y me mandó salir. Entra con Rosalia en ese cuarto, y no salgais mientras esté aqui mi padre.

(1) A Eduardo.

EL MUERTO

29

ESCENA IX.

FORTVILLE, EDUARDO y ENRIQUE. (1)

FORT. ¿Dónde está? (2) ¿Dónde está ese hombre? (3) Eres tú? Miserable!...

EDUAR. Señor!

ENR. Padre mío!... (4)

FORT. ¿Quién te condujo aquí?... ¡infeliz! aquí espías tus delitos y los de tu padre. (5)

EDUAR. Señor marques. (6) (¿Qué iba yo á hacer?)

FORT. Sí, sí; defiéndete; pero perecerás entre mis manos.

ENR. Señor, mirad...

EDUAR. Señor de Fortville, escuchad un momento.

FORT. Déjame Enrique.

ENR. Nada tiene que ver este caballero, con las faltas de su padre: él está inocente.

FORT. Inocente! No es el hijo de Voulebarde que viene para conducirme á la muerte?

ENR. No señor, que viene...

FORT. A engañarme.

EDUAR. Señor marques, ya que no merezco daros otro nombre. Me escuchais? (7)

FORT. ¿Qué quieres decirme? (8)

EDUAR. Es verdad que soy hijo del conde de Voulebarde, y

(1) Fortville sale á la escena desaliñado, y con una espada en la mano dirigiéndose furioso á Eduardo.

(2) Desde adentro.

(3) Saliendo, y al ver á Eduardo quiere herirle.

(4) Deteniéndole,

(5) Haciendo grande esfuerzo para desasirse de Enrique, y arrojarle á Eduardo.

(6) Echa Eduardo mano á la espada para defenderse; pero la deja en su lugar, y permanece observando á Fortville.

(7) Haciendo ademán de marcharse.

(8) Se deshace de Enrique.

por eso me teneis por vuestro enemigo; pero no estuvo en mi eleccion, serlo de otro mas virtuoso. Yo respeto y amo con estremo á mi padre, porque es mi deber, y la naturaleza me lo manda; y quizá no habrá un padre mas amado de su hijo, que lo es del suyo el conde de Voulebarde; mas no por eso me cegó su amor para ser un perfecto modelo suyo: he procurado imitar sus virtudes pero no sus defectos. Sé que él os ha perdido, y con una calumnia quiso deshonraros: pero debeis conocer, que un hijo no debe pagar las faltas de su padre. Yo era un niño cuando salisteis de Paris, por consiguiente, mal pude contribuir á vuestra ruina, y, menos saber la causa. No obstante, hace algunos dias que estoy instruido de vuestra desgracia, y atormentado mi corazon por saber que fue mi padre quien la causó! Amigos, que teneis aun, me habian ya asegurado vuestra inocencia, y aunque entonces no tenia los datos que ahora, para creerlo asi, me inspiraron los mas vivos deseos de tener el honor de conoceros, é indemnizaros, en cuanto estuviese en mi mano, de los males que mi padre os ha causado. Una casualidad, ó mas bien un fausto hado me condujo, un dia cazando, á este sitio.. Ah! permitidme callar lo demas; baste deciros: quisiera merecer vuestra gracia, para pasar á vuestro lado lo restante de mi vida. Aquí me arrastra un objeto que os pertenece!

FORT. Cómo!..

EDUAR. Perdonadme... yo no saldré ya de aqui: si me creis de buena fé, permitídmelo; si me juzgais vuestro enemigo, podeis vengaros.

FORT. Pero con qué objeto?..

EDUAR. Señor!..

ENR. Como no quisisteis escucharme, nada pude deciros, yo sé todo: Eduardo no hablará con libertad, por que le recibisteis tan airado: ademas de que á mi me toca decir lo que su prudencia querrá callar.



EL MUERTO



31

FORT. Pues que hay? (1)

EDUAR. Enrique! (2)

ENR. Nada temais.

ESCENA X.

EDUARDO, solo.

No es extraño que aborrezcas de muerte el nombre de Voulevarde! Es esta la suerte de un héroe, que consagró su vida al servicio é ilustracion de la patria?... Infeliz Fortville! Perseguido, y condenado á vivir entre fieras, separado del resto de los hombres, tal vez tendrá que acabar su vida en la oscuridad, el que habia nacido para hacer feliz al pueblo, y sacarlo del poder de la tiranía! Y cómo siendo mi padre quien le ha perdido, pude yo lisonjearme de que Fortville aprobase la union de la hermosa Rosalía, con el hijo de un calumniador?... Oh! Padre cruel! tu ambicion me ha perdido. De qué me sirven esos honores, empleos, y riquezas, que á costa de tantos desgraciados, has adquirido para tu hijo, si le quitas el mayor tesoro? Si tu eres la causa de que pierda á mi querida Rosalía! Ay, insensato! Por qué no huí contigo? Porqué me dejé arrebatar de tan vanas ilusiones? Ah! Por qué? Ahora ya no la veré mas! Si su padre insiste en aborrecerme, quedan perdidas todas mis esperanzas... Qué haré?... Rosalía entró aqui... (3) si me atreviera... aun podríamos huir... (4)

(1) Fortville habrá ya recobrado serenidad, y se retira con Enrique.

(2) Aparte á Enrique.

(3) Mirando á la puerta por donde entró Rosalía.

(4) Viéndola salir.

ESCENA XI.

EDUARDO, ROSALIA.

ROS. Qué ha dicho?

EDUAR. Salió cierto cuanto yo temía! apenas me dejaba hablar: últimamente, menos airado me escuchó y Enrique, por templarle se retiró con él; tal vez para informarle; no sé que resultará de esa conferencia. Yo temo ese aborrecimiento que tiene al nombre de Voulebarde; y será difícil arrancar un odio que ya echó raíces en el corazón. Lo mejor sería, ya que la ocasión nos favorece verificar la fuga, y no esponernos á separarnos para siempre.

ROS. No, Eduardo; así como Enrique se convenció en un momento de tu sinceridad, á pesar de la gran aversion que te tenía, mi padre también hará lo mismo, y sobre todo, cuando no haya otro remedio...

EDUAR. Creo que no lo habrá: está demasiado prevenido contra mi.

ROS. Yo oí que hablaba muy alto, pero nada percibí. Te recibió mal!

EDUAR. Con una espada se dirigió á mí hecho un león. Qui se defenderme, pero me acordé que obraba á impulso de una justa cólera, que ese respetable anciano era el marques de Fortville, y al fin que era el padre de mi adorada Rosalía.

ROS. Dios mío! Qué yo sea tan desgraciada! Ah! En qué os ofendí para que tanto me atormentéis?

EDUAR. No levantes la voz que oírás tu padre...

ROS. Nada me importa! Ah! Me engañé en creer que yo pudiese ser tan feliz!... pero estoy decidida, Eduardo: siento separarme de mi padre; pero si no cede y se deja llevar de su pasión, yo me dejaré llevar de la mía. Sí, Eduardo; aunque sin mi padre no podrá ser completa mi felicidad, á lo menos será menos desgraciada.

EDUAR. Con qué yo solo no puedo hacerte feliz?

EL MUERTO



33

ROS. Amo tanto á mi padre...

EDUAR. Pues no, no te separarás de él: si tu querias hacer un sacrificio por mí, tambien yo haré otro, que aunque es mayor, es mas justo.

ROS. Cuál?

EDUAR. Esa aversion que tu padre me tiene procede del temor de que no sea sincero, y que sea tan enemigo suyo como mi padre; y esta dificultad voy yo á vencerla, haciéndole ver lo contrario.

ROS. Cómo?

EDUAR. Volviéndole á colocar en el rango de donde mi padre le ha derrocado; y hacer ver al rey que el marques de Fortville está inocente.

ROS. Cómo puedes hacerlo?

EDUAR. Es mas facil de lo que tu piensas, pero me cuesta el mayor sacrificio; el cielo me dará fuerzas para hacerlo, porque no es solo el amor quien me dirige, sino tambien la justicia. Entonces conocerá tu padre que Eduardo Voulebarde jamas afecta lo que no siente: se acordará de que fui yo quien le volvió su honor, sus bienes, y cuanto injustamente se le quitó, y no dudará un momento el que yo haya sido su amigo, me dará tu mano, y con ella mi felicidad. Sí, Rosalia, aun puedes ser feliz con tu Eduardo al lado de tu padre.

ROS. Oh, cuan facil nos pinta la imaginacion aquello que el corazon desea! No, Eduardo, no creas facil volver á mi padre á su antigua fortuna; y mucho menos el que una muger tan desgraciada como yo, pueda gozar de una felicidad completa. Ah! Yo siempre seré infeliz, Eduardo, solo dejaria de serlo viviendo en compañía de mi padre, y de un esposo; y esto jamas lo conseguiré. La muerte terminará mis males! Sí, solo con ella dejaré de ser desgraciada!

EDUAR. Ahí viene tu padre!...

ROS. Sí, viene á pronunciar la sentencia de muerte contra su hija!

EDUAR. Ya vendrá mas tranquilo. Sobre todo, ámame siempre, y Dios protegerá nuestro amor.

ROS. Ya viene.

EDUAR. Ocúltate.

ROS. Sí, pero, no me alejo, quiero escucharle.

ESCENA XII.

EDUARDO, FORTVILLE, ENRIQUE.

FORT. (1) Sin embargo, habeis procedido con demasiada ligereza: ni tú ni tu hermana conoceis todavía cuán perverso es el corazon humano. Es verdad que el proceder de este joven parece ingénuo, pero muy bien puede ser todo para perdernos: su padre es capaz de todo. (2) Habreis estrañado el modo con que os he recibido, y acaso creereis que mi corazon está vertiendo ódio y venganza. No, amigo, yo se perdonar á quien me agravia; pero sin tener ningun antecedente, oir que el hijo de mi mortal enemigo está en mi casa, precisamente cuando están dadas órdenes para buscarme nuevamente, me sorprendió de modo que llegué á tomar la espada, juzgando que venia á defenderme, y no á vengarme; pero me alegro verme en la precision de tener que dar una satisfaccion á un hijo de Voulebarde.

EDUAR. Señor, escusais dármele, cuando sé que vuestro enojo es justo; por consiguiente nada es estraño en vuestra situacion. Pero cómo sabeis que os buscan?

FORT. Y sé tambien que os debo la atencion de haber dado esa comision á un amigo mio, pero esta accion tan generosa la creí un lazo que vuestro padre armaba á Saint-Claude para saber de mí.

ENR. Y nada me habeis dicho! Saint-Claude. Acaso?...

(1) *Hablando con Enrique á la puerta:*

(2) *A Eduardo.*

EL MUERTO



35

FORT. Sí; ya pensaba decírtelo, aunque todo lo creía un enredo de Voulebarde; porque es capaz aquella alma de cuanto mal se puede imaginar.

EDUAR. Por piedad, no me habéis ya mas de mi padre! Sé que no es justo; pero soy su hijo, y debo amarle siempre que este amor no se aparte de la virtud.

FORT. Esa es la mayor prueba de sinceridad que me habeis dado. Amais á vuestro padre sin que su amor os alucine; aborreceis sus defectos, pero deseais ocultarlos. Ah! esta es la primera vez, que, despues de diez años me inspira confianza un Voulebarde.

EDUAR. Oh! Si creyéseis que soy vuestro amigo, y amigo sincero, tal vez....

FORT. Sí, Eduardo! Se cuanto os debo, y sé que acabais de salvar la vida á Enrique: tampoco este me ha ocultado vuestro amor, pero....

EDUAR. Qué, sabeis que yo amo á Rosalia, pero que no merezco su mano, porque soy vuestro enemigo. Es esto lo que quereis decirme?

FORT. No, Eduardo; conozco ya que no lo sois.

EDUAR. Sabeis que soy vuestro amigo?

FORT. Sí, y un abrazo confirme nuestra amistad (1).

EDUAR. Gran Dios! Ya soy feliz!

ENR. Ah! Dadme á mi otro.

EDUAR. Si, Enrique! hermano mio!... Y vos sereis mi padre? (2)

FORT. Seré vuestro mayor amigo.

EDUAR. Y padre, no?... Ah! Es decir, que no merezco ser vuestro hijo!... que no merezco ser esposo de Rosalia!

FORT. Y querriais, por una pasion sepultaros en esta soledad, con una familia proscripta, espuesto á ser, como ella, víctima del implacable ódio de sus perseguidores?... De vuestro mismo padre?

(1) Se abrazan.

(2) A Fortville.

EDUAR. Señor, al lado de Rosalía soy feliz: nada temo: sea yo dueño de su mano, y conspire contra mí el mismo averno.

FORT. No, Voulebarde; porque os aprecio, no permitiré esta union mientras que yo me vea obligado á vivir oculto como un delincuente; vuestro padre acaso haria para buscar á su hijo, lo que no hizo para hallar á su enemigo: y si llegase á veros en medio de la familia del infeliz Fortville, seriais envuelto en nuestra ruina. Con que no debéis pensar en lo que á todos nos seria tan funesto: pero os aseguro, que si algun dia llegase yo á recobrar el honor que se me ha quitado, y amais aun á Rosalía, solo Eduardo de Voulebarde será su esposo.

EDUAR. Pues no, no es imposible el que recobreis cuanto habeis perdido; y mucho menos, siendo ese el único medio que hay para ser yo dueño de la mano de Rosalía. Pero ah! yo no quisiera salir de aqui sin ser ya su esposo. El cielo me dió ya su mano, y solo me falta recibirla de la vuestra. Por piedad, no me la negueis! Yo adoro á Rosalía! ella tambien me ama....

ESCENA XIII.

Dichos, ROSALIA y LUCIA. (1)

ROS. Sí, padre mio, le amo! Perdonadme habérselo ocultado! Amo á Eduardo! haced feliz á vuestra hija: sin él no puede serlo.

FORT. Levanta, hija mia, que por ti he conocido á un buen Voulebarde: ámale, sí, que es digno de tu amor.

EDUAR. Padre mio!.... No me levantaré de aqui hasta haber obtenido....

(1) *Sale Rosalia presurosa, y abraza las rodillas de Fortville.*



EL MUERTO



37

FORT. Pues bien, levántate que hoy mismo serás su esposa.

EDUAR. Qué oigo!

ROS. Ah! padre mio!

ENR. Eduardo!

EDUAR. A tí te debo mi felicidad. (1) Con que seré hoy el esposo de Rosalía?... hijo del grande Fortville?... (2)

FORT. Ahora mismo; vuestra ternura me venció al fin (3).

ROS. Gran Dios!

EDUAR. Ya soy el mas feliz de la tierra.

-
- (1) *A Enrique.*
(2) *A Fortville.*
(3) *Une las manos de Eduardo y Rosalía.*

ACTO TERCERO.

Salon corto con una mesa puesta, á la que parecerán sentados *Fortville, Eduardo, Enrique, Rosalia, Lucia*, y un mozo del campo sirviendo. En el Foro habrá un armario ó lacena, que servirá de una puerta secreta que conduce á un subterráneo: dos puertas á los lados, y un retrato que se verá colgado.

ESCENA PRIMERA.

Dichos á la mesa.

FORT. Ya os habrán echado de menos en París.

EDUAR. Es muy regular, aunque sí mi padre no vió la dimision de mi empleo que dejé sobre el bufete, quizá no se habrá notado aun mi falta.

FORT. Aqui estrañareis mucho, porque no tendreis baile, ni teatro... ni...

EDUAR. Ah! no señor; nada me importan esas diversiones cuando estoy al lado de los objetos que forman toda mi felicidad. En esta apecible soledad viviré dichoso! Aqui reuno todo lo que mi alma ambiciona.



ESCENA II.

Dichos, SAINT-CLAUDE.

SAINT. Fortville, Fortville.... (1) vos aquí? Qué es esto? (2)

EDUAR. (3) Oh, amigo Saint-Claude. Qué genio os trae aquí, á ser testigo de mi gloria.

FORT. Me alegro que hayas llegado á una hora tan oportuna....

SAINT. No comprendo....

EDUAR. Yo amaba á Rosalía sin saber que era su padre el marques de Fortville: hoy lo supe, y esta tarde se llenan mis deseos.... seré el mas dichoso!... el esposo de Rosalía.

SAINT. Siento venir á perturbar vuestra dicha; pero....
TODOS. Qué hay?

SAINT. Enrique, corre á ponerte el traje de pastor; y dejo á tu discrecion lo que debes responder á las preguntas que te hagan. El conde de Voulebarde va á venir aquí.

FORT. Voulebarde!

EDUAR. Mi padre!

ROS. Cielos!

ENR. Voulebarde! (4)

ESCENA III.

Dichos menos ENRIQUE.

SAINT. (5) A poco rato de haber vos salido de la corte,

(1) *Subiendo la escalera.*

(2) *A Eduardo.*

(3) *Eduardo se levanta y echa los brazos á Saint-Claude.*

(4) *Todos se levantan agitados.*

(5) *A Eduardo.*

os llamó el rey. Vuestro padre os buscó, y por una fatal casualidad, supo que habiais tomado letras de cambio, y una silla de posta; confirmando la noticia de vuestra partida la dimision que se halló en vuestro bufete. Al momento salió Voulebarde de Paris siguiendo vuestras huellas; y en el camino que pasa por la falda del bosque encontró la silla detenida.

EDUAR. Ah, sí! Me olvidé!... un tintero, corriendo. (1)

SAINT. El postillon se vió obligado á decir, que, con los dos caballos que la conducian, os habiais internado en el bosque á buscar una señora que debia tambien partir

ROS. Dios mio!

SAINT. Al punto su comitiva se repartió por el bosque, y vienen registrando hasta el último rincon. Voulebarde se dirigió casualmente á esta parte, y cuando yo pasé, ya habia visto esta casa. Con que no detenerse: bajen todos al subterráneo, y solo Enrique le recibirá: que tiene bastante entereza para responder á lo que le pregunten. Yo no puedo detenerme: abajo pronto, que tengo que unirme á Voulebarde, que juzga vengo solo por acompañarle; Fortville!

FORT. Déjame... Harto he sufrido ya! (2)

SAINT. Qué es lo que intentas?

FORT. Enrique? ven.

SAINT. Fortville? (3)

EDUAR. Qué vais á hacer? (4)

(1) Sale Lucia y vuelve á entrar con papel y tintero, y Eduardo escribe.

(2) Fortville que busca y toma colérico la espada, y se dirige á la puerta por donde entró Saint-Claude.

(3) Deteniéndole.

(4) Cierra la carta, y va tambien á detener á Fortville.

EL MUERTO



41

ROS. Padre! Ay de mí, que yo tengo la culpa de esto;
Lucía! (1)

SAINT. Pero vamos, qué es esto?

FORT. Quiero defenderme. Voulebarde viene á buscarme,
y yo quiero quitar la vida á ese calumniador!

EDUAR. Pero señor!...

SAINT. Ven acá; tranquilízate. No ves que á quien busca Voulebarde es á Eduardo?

FORT. Pero buscando á su hijo, encontrará á Fortville!

EDUAR. No temais: ya he dicho que yo respondo de vuestra seguridad. Saint-Claude, tened. (2) Esa carta no debe abrirse, sino en el caso de ser atacada la vida del marques de Fortville; entonces podreis abrirla y obrar segun os dicte la prudencia; de lo contrario, deberá volver á mis manos. En vos confío.

ESCENA IV.

Dichos y ENRIQUE. (3)

SAINT. Ya está Enrique. Vamos Fortville.

ENR. Quitar esto de aquí. (4)

FORT. Hasta cuándo, cielos! hasta cuándo he de vivir rodeado de temores, cual si fuese un delincuente! Dónde está vuestra justicia? Para cuándo la guardais?

SAINT. (5) Voulebarde, sereis servido. Yo no puedo detenerme: ya estan ahí.

(1) *Se apoya en Lucia llorando.*

(2) *Toma Eduardo la carte de encima de la mesa, y la dá á Saint Claude.*

(3) *Entra Enrique vestido de pastor.*

(4) *Enrique y el mozo que sirvió á la mesa, la quitan de la escena.*

(5) *A Eduardo.*

ESCENA V.

Dichos menos SAINT-CLAUDE.

ENRI. (1) Tú, ocúltate alla dentro.

FORT. Venid, hijos, que el cielo defenderá nuestra causa.

ESCENA VI.

EDUARDO, ENRIQUE.

EDUAR. El subterráneo está muy lejos de esta habitación?

ENR. Aqui debajo.

EDUAR. Podré oír lo que se hable aquí?

ENR. Es facil oírlo desde la entrada ; y si conoceis que bajan, os meteis dentro y cerrais. (2) Ya entran.

ESCENA VII.

LE-TOURRE, VOULEBARDE, SAINT-CLAUDE,
ENRIQUE y CABALLEROS.

VOUL. Ola! Quién vive aqui? Dónde está el dueño de esta casa?

ENR. Por ahora lo es un servidor vuestro,

VOUL. Eres pastor?

ENR. El traje lo dice: si puedo servirlos....

TOUR. Muy cortés eres para ser pastor. (3)

(1) *Al mozo: y luego abre el armario que sirve de puerta, y entran todos por él.*

(2) *Se oye ruido, y Eduardo entra tambien por el armario.*

(3) *Aparte.*

EL MUERTO



43

VOUL. Has recogido esta noche pasada á alguna persona?

ENR. A un caballero.

VOUL. Dónde está?

ENR. Se fué ya.

VOUL. Cuándo?

ENR. Ahora mismo.

VOUL. Adonde?

ENR. No lo sé, (para decírtelo).

VOUL. Mientes.

ENR. Caballero, los pastores no tenemos ese término en nuestro diccionario.

VOUL. Sabes con quién hablas?

ENR. Sí señor, con un hombre.

VOUL. Cómo! Estás hablando con el conde de Voulebarde.

ENR. Pues bien, con un hombre que se llama el conde de Voulebarde. ¿O porque sois conde, sois ya de otra especie distinta de la de los demas hombres?

VOUL. Qué, te atreves!... Soldados (1).

SAINT. Véis que es un pastor?

VOUL. Pero muy osado.

SAINT. La ignorancia.

VOUL. Esa le disculpa.

SAINT. Refréname, ó nos perdemos (2).

VOUL. Seguidme (3).

ESCENA VIII.

Dichos menos VOULEBARDE y dos caballeros.

ENR. No sé como me contengo: como es la primera vez

(1) *Acercándose á la puerta,*

(2) *Aparte á Enrique.*

(3) *Entra Voulobarde con dos caballeros al interior de la casa.*

que veo á este hombre infernal.... Habeis visto qué orgulloso? (1)

SAINT. Pues cuidado con este otro: que es tambien nuestro enemigo. (2) Has recogido todo lo que pueda ocasionar sospecha?

ENR. Todo lo oculté.

TOUR. No te parece este joven un vivo retrato de Fortville? (3)

SAINT. Estàs loco? En nada se le parece: en nada absolutamente.

TOUR. Pues á mí me parece que en todo (4).

SAINT. Aprension tuya. (5) Somos perdidos. (6)

ENR. Por qué?

SAINT. Ese retrato ahí. (7)

ENR. Ah! se me olvidó.

ESCENA IX.

Dichos y VOULEBARDE con dos caballeros.

VOUL. (8) No hay duda, mi hijo está aquí! Sí, esta carta la firma Eduardo, y está dirigida á una joven!...

TOUR. Pues ven á ver otra cosa mas particular. (9) Qué cuadro tan precioso! está bonito, eh?

VOUL. Qué veo! El retrato de Fortville!

(1) *Aparte á Saint-Claude.*

(2) *Señalando á Le-Tourre.*

(3) *Aparte á Saint-Claude. Señalando á Enrique.*

(4) *Le-Tourre se pasea y fija la vista en el retrato que está colgado.*

(5) *A Le-Tourre.*

(6) *Aparte á Enrique.*

(7) *Señalando el cuadro que observa Le-Tourre.*

(8) *Sale con una carta en la mano.*

(9) *Señalándole el cuadro.*

EL MUERTO

45

TOUR. Y ese es su hijo. (1)

VOUL. Sí! aquí está Fortville! Pero mi hijo con él! Eduardo traidor!...

TOUR. Chis... Ven acá. (2) Rompiste la carta que te envié cuando perdimos á Fortville?

VOUL. No me acuerdo.

TOUR. Sabe tu hijo que Fortville está inocente?

VOUL. Nada sabe.

TOUR. En ese caso nada hay que temer. Si es solo el amor quien le conduce aquí. Tal vez no sabrá, ni aun, en donde se está metido; y cuando lo sepa, estoy seguro de que no osará defender á Fortville. (3)

VOUL. Saint-Claude, volad á París, y decid al rey que dentro de pocas horas entraré en la corte con el fugitivo Fortville. Nada le digais de Eduardo (4).

ESCENA X.

Dichos, menos SAINT-CLAUDE.

TOUR. Este armario es una puerta, Voulebarde: aquí deben estar (5). Ah! qué está ya abierto!

VOUL. Soldados, á dentro. (6) Cuiden cuatro de que nadie salga de aquí. Los demas seguidme. (7)

(1) Señalando á Enrique, este permanece inmóvil con los ojos fijos en el suelo como quien discurre.

(2) Le-Tour coje del brazo á Voulebarde, y le habla aparte.

(3) Observa las puertas como buscando.

(4) Aparte.

(5) Fija la atención en el armario, le abre, y se descubre una entrada oscura.

(6) Acercándose á la puerta por donde salió Saint-Claude.

(7) Al ir Voulebarde á entrar por la puerta que

ENR. Ah, tigre! Antes verteré mi sangre!

VOUL. Prendedle. (1)

ENRI. Venganza! cielos! venganza ó muerte. (2)

ESCENA XI.

LE-TOURRE, VOULEBARDE, EDUARDO, *caballeros y soldados.*

EDUAR. Deteneos. Si pasais adelante, correis á vuestra ruina.

VOUL. Qué veo! Sacas la espada contra tu padre! Eduardo!

EDUAR. Perdonadme; yo no saco la espada contra mi padre; la saco para defender... sí, lo digo, sí, para defender la inocencia.

VOUL. La inocencia! Sabes en donde estás? Sabes?...

EDUAR. Lo sé: en la casa del marqués de Fortville.

VOUL. Eduardo!... Asi comprometes á tu padre! No sabes que te haces reo defendiendo á un traidor?

EDUAR. Yo no defiendo á ningun traidor: defiendo... Ya lo dije, á un inocente.

VOUL. Al fin me obligas... Prendedle (3)

EDUAR. Soldados, respetad á vuestro general. (4) Padre mio, yo os respeto; pero mi libertad es muy necesaria en este momento. Respecto del marques ahí le teneis; podeis conducirle á presencia del rey;

cierra el armario, sale Enrique de la inaccion en que ha permanecido, y se coloca al frente á defender la entrada.

(1) *Le prenden los soldados y le llevan á fuera.*

(2) *Voulebarde vá á entrar por la puerta del armario y sale Eduardo, detiene á su padre, y defiende la entrada.*

(3) *A los soldados.*

(4) *Los soldados se detienen y hacen demostracion de respeto.*



peró os advierto que será para llenarle de gloria. Soldados hasta que los presos esten [en presencia del rey sois responsables de sus vidas ; y sus personas han de ser muy respetadas. (1)

TOUR. Al fin conseguimos apoderarnos del marques. Nada importa lo demas.

VOUL. Te juro que te acordarás de mi. Vamos. (2)

ESCENA XII.

LE-TOURRE, EDUARDO.

EDUAR. Vos sois quien va á perder á mi padre! Ah, Le-Tourre.

TOUR. Voulebarde!

EDUAR. Sí, falso amigo! tu ambicion le comprometió á calumniar al mejor ciudadano; al marques de Fortville! pero la mentira solo prevalece algun tiempo.

TOUR. Si os proponéis insultarme...

EDUAR. Conoceis esta letra?... Esta firma? (3)

TOUR. Ah! dádme la!

EDUAR. Parece que os interesa!

TOUR. Rompedla, ó defendeos.

EDUAR. Romperla! Si la quereis venid al campo por ella.

TOUR. Ya la tengo! (4)

EDUAR. Ah, traidor! Mal viejo! (5) Ya estas vengado

(1) Eduardo deja libre el paso.

(2) Entra Voulebarde con los soldados.

(3) Saca una carta y la enseña á Le Tourre.

(4) Al decir Eduardo «venid al campo por ella» señala con la mano en que tiene la carta: Le-Tourre se la arrebató, y sale presuroso por la puerta que sale al basque; Eduardo saca una pistola, corre tras de él, y al salir la dispara, volviendo á la escena con la carta en la mano.

(5) Corriendo.

Fortville. (1) Ahora voy á convencer á mi padre. (2)

Mutacion de bóveda oscura y corta. Aparece Fortville con la espada en una mano haciendo fuerzas para herir á Voulebarde, y con la otra tiene asida la bayoneta de un soldado.

ESCENA XIII.

FORTVILLE, VOULEBARDE, ROSALIA, LUCIA,
soldados y caballeros.

FORT. Yo al cadalso!

ROS. Padre mio!

FORT. La muerte antes que la deshonra!

SOLD. Entregaos.

FORT. Yo entregarme!

VOUL. (3) Lo manda el rey.

FORT. Ah! cobarde! acércate!

LUC. Quién me diera aquí á Enrique!

ROS. Eduardo! Eduardo! (4)

SOLD. No os entregais!

FORT. Muerto ó vengado.

VOUL. Matadle.

ESCENA XIV.

Dichos y EDUARDO.

ROS. (5) Ay Eduardo! corre, que matan á mi padre!

EDUAR. Señor.... (6)

(1) Entrando y guardando la carta.

(2) Se entra sin detenerse en la escena por la puerta secreta del armario; y luego que esté ya entre bastidores corre el telon que descubre la bóveda.

(3) Sin acercarse á Fortville.

(4) Llamando.

(5) Viéndolo entrar.

(6) A Voulebarde.

EL MUERTO



49

VOUL. Aun aquí! no me hables!

EDUAR. Mirad!

VOUL. Nada!... No te escucho! Quitate de mi presencia

EDUAR. Pues ya hice cuanto debia. Entregaos, que yo os salvo. (1)

FORT. Eduardo!

EDUAR. No temais, antes faltará mi vida que mi palabra. Adios, Rosalia!

ROS. Te vas, Eduardo!

EDUAR. En París nos veremos, yo voy delante.

Mutacion de salon régio.

ESCENA XV.

SAINT-CLAUDE, solo.

SAINT. Voulebarde está para llegar!... No hay remedio!

Antes que venga el rey es preciso ver esta carta, ella encierra algun secreto. (2) «Hace algunos dias que por una casualidad hallé entre unos papeles de mi padre una carta de Le-Tourre, con la fecha del mismo dia, en que el marques de Fortville faltó de París, concebida en estos términos: Amigo, el banquete que el marques de Fortville presenta hoy al rey nos ofrece la mejor ocasion de perder á un hombre que tanto daño nos ocasiona: busca al momento ocho hombres que no te conozcan á ti ni al marques: después de bien pagados los pondrás en la sala del convite, y diles que tú eres el marques de Fortville, y que en tu nombre quiten la vida al primero que entre en la sala: yo mando prender los asesinos, los llevaré á presencia del rey á tiempo que se hallen dos personas

(1) Primero á Voulebarde, luego á Fortville; este entrega la espada á un caballero.

(2) Saca la carta que le dió Eduardo y lee.

delante ; los asesinos declararán que el marques de Fortville los ha puesto allí para quitar la vida al primero que entrase : Como S. M. es quien debía entrar primero , se alucina con esto el rey , y conseguimos una orden para que se le quite la vida sin accion á defenderse. No pierdas un momento, y luego te verás con tu amigo, Jorje Le Tourre.” Creo que esta carta os dará bastantes luces para sacar al marques del peligro que le amenaza. Espongo á mi padre, pero no falta á la justicia vuestro amigo y servidor, Eduar Voulebarde.” (1) Ah, justo cielo! que me vuelves á mi amigo!

ESCENA XVI.

EL REY, SAINT-CLAUDE. (2)

SAINT. Señor,....

REY. ¿Qué hay, Saint-Claude?

SAINT. El conde de Voulebarde me envia á decir que dentro de pocas horas llegará aquí con el marques de Fortville y su familia.

REY. Fortville! Dónde estaba?

SAINT. En lo interior del bosque de Veinsena vivió oculto de su injusta persecucion.

REY. Cómo injusta!

SAINT. Sí señor: Fortville está inocente.

REY. Saint-Claude! Llamas inocente á un traidor?

SAINT. Fortville, señor, jamás lo ha sido: su corazon noble es incapaz de traicion.

REY. Saint-Claude: aunque tengo pruebas de tu lealtad basta que te compadezcas de Fortville para creerte tambien culpado. El que fué traidor con su rey, no merece compasion. Diez años ha estado á cu-

(1) Concluye de leer.

(2) Al llegar el rey queda fuera el acompañamiento y él se sienta.

EL MUERTO



51

bierto de mi venganza; pero al fin el Dios de la justicia le pone hoy en mis manos, para que su delito no quede impune. La sentencia de muerte que contra él he firmado, siempre estuvo vigente, y hoy la confirmo.

SAINT. Vos mismo decís, señor, que os he dado pruebas de lealtad; pero resta aun la mayor.

REY. Cuál es?

SAINT. Desengañaros, señor, si me lo permitís..

REY. Sí, que quieres decirme?

SAINT. Que os espondeis si conducen al patíbulo al mar de Fortville. El pueblo conoce su virtud como conoce la tiranía y perversidad de sus acusadores. Mirad lo que haceis; su causa está revestida de todos los colores de la calumnia. Voulevarde y Le-Tourre, jamás tuvieron otras miras que las de su propio interes; Fortville nunca tuvo otras que las de aliviar al pueblo, y por eso le detestaban: si diez años no bastaron á V. M. para conocer la malignidad de los que le rodean, bastaron para acabar el sufrimiento de un pueblo agoviado hasta aqui con escandalosas esacciones, y con millares de víctimas, injustamente inmoladas por el cuchillo de la tiranía: una de estas víctimas es el marques de Fortville, cuyas virtudes hacian sombra á los que le calumniaron. Fortville queria que el rey fuese padre del pueblo; estos le hacen su tirano.

REY. Saint Claude!

SAINT. Me habeis dado licencia para desengañaros: repito: el pueblo no es ingrato; y la presencia del marques, le renovará la memoria de los servicios que éste le ha prestado, y no sufrirá que llegue á consumarse el sacrificio de una víctima, que honraria demasiado el altar de la ambicion: á lo menos sin justificacion de causa.

REY Están ya dadas todas las pruebas, y tú mismo lo has presenciado. Fortville preparó un banquete, al que debia yo asistir el primero. Le-Tourre, celoso por la vida del rey, me advierte, que en la sala están ocho hombres para asesinar-me: y unánimes

declaran estar puestos allí por el marques de Fortville: tú mismo eres testigo de esto. Se necesitan mas pruebas?

SAINT. No bastan para condenarle sin permitirle defensa. Un enemigo del marques pudo muy bien buscar ocho hombres, que ni le conociesen á él, ni al marques, y decirles: yo soy el marques de Fortville, asesinad en mi nombre al primero que entre aquí: y siendo así, no es extraño que unánimes digesen que por él estaban puestos.

REY. Y cómo averiguarlo ahora?

SAINT. Cuatro de estos hombres huyeron: y si mandaseis publicar su indulto, ofreciéndoles, al mismo tiempo, recompensa si se presentan, quizá lo verificarán, á lo menos, los que se hallan en Paris; que regularmente estarán aquí los cuatro; porque en la corte es donde comunmente se abriga mas bien la gente de esta clase.

REY. Cómo nadie alegó esta razon hasta ahora? (1)

SAINT. Porque sus enemigos, temiendo su fuerza, han conseguido de vos el decreto de pena de muerte al que hablase de Fortville.

REY. (2) Ahí está la cédula de indulto para esos hombres y les señalo cinco mil francos á cada uno si hoy mismo se presentan. Mándala publicar.

SAINT. Voy, señor, á servirlos: y ese Dios de justicia que decís, pone á Fortville en vuestras manos para castigarle, tal vez será para vengarle.

ESCENA XVII.

EL REY, solo.

Infeliz de ti si se presentan y ratifican su confesion! Te juro que pagarás entonces tu atrevimiento. Ah! Ni Le-Tourre, ni Voulebarde engañan á su rey: no; ellos me aman: porque desde que les tengo á mi la-

(1) *Escribe.*

(2) *Da un papel á Saint Claude.*

do soy el árbitro de la suerte de los hombres: todos mis vasallos tiemblan, porque puedo disponer de sus vidas á mi antojo: basta decir, «lo manda el rey» para que cumplan mis órdenes, aun las mas injustas. No así, cuando tenía á Fortville. Antes de poner mi firma á un decreto, me lo hacia pensar en la balanza de la ley; y aunque favoreciese al rey, sino era justo, no podia firmarle, porque Fortville miraba mas por los intereses del pueblo, que del rey. ¿Y no he de creer que este hombre haya atentado contra mi vida, cuando él no puede ver á un rey? Ah! no me han engañado, no; su delito es cierto, y no debo dudar un momento...

ESCENA XVIII.

EL REY, SAINT-CLAUDE.

SAINT. Señor; toda la ciudad está alborotada. El conde de Voulebarde acaba de entrar con el marques de Fortville y sus hijos. A su vista, los artesanos dejan sus talleres, y armados en diferentes grupos, solo se oye la voz de «viva el marques de Fortville.» Jamás creí tan temible la fuerza popular: el general Voulebarde la capitanea.

REY El general!... El hijo de Voulebarde, caudillo del pueblo!... Ah! fuerzas tengo aun para contener...

SAINT. No podeis contar con ellas.

REY. Cómo!

SAINT. Si el pueblo grita por el marques, los soldados claman y se unen á su general. (1)

REY. Qué voces son estas? (2) El pueblo!

SAINT. Vedle, y juzgad si es temible.

REY. Sí, lo es, Saint-Claude; lo confieso. (3)

(1) Se oyen voces fuera; y dentro tropel.

(2) El rey se asoma á una ventana.

(3) Volviendo á sentarse.

ESCENA XIX.

Dichos, y VOULEBARDE.

VOUL. Tengo el honor de presentaros el fugitivo Fortville y su familia.

REY. Y Le-Tourre? dónde está?

VOUL. A Le-Tourre, señor, le han muerto, en la casa donde Fortville se alvergaba.

REY. Le-Tourre muerto! Qué es esto! Y por quién?

VOUL. Soy un padre muy desgraciado! Mi hijo quedó solo con él; la guardia oyó un tiro; subió, y hallaron á Le-Tourre ya espirando.

REY. Con qué tú hijo!... ¿Sabes, Voulebarde, que esto es un enigma para mí? Ayer faltó de la corte; hoy quita la vida á un amigo suyo, y se pone á la cabeza del pueblo, defendiendo á Fortville... Yo no sé qué pensar. Haz entrar á Fortville solo.

VOUL. (1) Que entre Eortville. (2) Aqui tiene V. M. al reo.

ESCENA XX.

Dichos, FORTVILLE, caballeros.

FORT. Yo reo!... Aun delante del rey me insultas?... (3)

REY. Llegas á mí, Fortville, sin doblar la rodilla al rey?

FORT. Extraño esa pregunta, cuando sabeis que jamás adoré á ningun mortal. La mano, sí, alguna vez os la besé, pero fué cuando era una mano benéfica que hacia feliz á su pueblo. No ahora que la veo bañada con la sangre de sus hermanos, y que se convirtió en una mano desoladora que labra la ruina de su patria.

(1) Desde la puerla.

(2) Entrando con Fortville.

(3) Entrando.

EL MUERTO

55

REY. Fortville!... Te atreves!...

FORT. Sabeis que siempre os he hablado con el lenguaje de la verdad; y aunque estoy sin libertad, soy Fortville como antes era.

VOUL. Pero el que está acusado de traidor...

FORT. Jamás lo he sido, impostor! (1) Yo un traidor! Yo asesino!... (2) Ah! Solo la malicia de almas envilecidas pudo haceros creer de mí tal infamia! Conocieron que les era fácil persuadiros de que un ministro, que no lisongea las pasiones de un rey, y que solo se ocupa en el bien de su patria, no puede amarle; es un enemigo, y puede hasta buscar quien asesine á su rey. Es así, Voulebarde? Digo bien, eh? (3)

VOUL. Esto tolerais, señor!... Haced que este atrevido sienta luego el peso de vuestra justa venganza.

REY. Oyes eso? (4)

VOUL. Temeis acaso?...

REY. A ese pueblo, cuya fuerza desconocia y tan débil me has pintado. Ahora conozco que el pueblo es muy fuerte; y que aunque es sufrido, no lo es siempre. (5)

SAINT. El general Voulebarde pide licencia de hablaros.

REY. Que entre. Retiraos. (6)

VOUL. Mi hijo! Malvado! (7)

ESCENA XXI.

EL REY, *Eduardo con cuatro del pueblo y SAINT-CLAUDE á la puerta.*

EDUAR. Señor; el pueblo interesado por la suerte del marques de Fortville, se ha reunido en esa plaza

(1) *A Voulebarde.*

(2) *Al rey.*

(3) *A Voulebarde.*

(4) *Señalando á la ventana, por donde se oyen voces populares. «Mueran los tiranos, viva la inocencia: y siempre se habrá oído algun rumor durante la escena.*

(5) *Aparte á Voulebarde.*

(6) *A todos.*

(7) *Al encontrarse los que salen con los que entran;*

resueltos todos á morir, antes que permitir que sin justificacion de causa, se quite la vida á un héroe de la Francia. Y en nombre de ese mismo pueblo, vengo á advertiros, que vuestra seguridad depende de la decision de esta causa.

REY. Tu proceder me es extraño. Cómo así te declaras contra tu rey, poniéndote á la cabeza de un pueblo que sabes que es mi enemigo?

EDUAR. Si el pueblo es vuestro enemigo, en vuestra mano está que deje de serlo: sed vos su amigo, no seais su tirano, y él os amará, que el pueblo no es ingrato.

REY. Qué causa te movió á dar muerte á Le-Tourre?

EDUAR. Mi deber, señor, me ha obligado: la causa la sabreis cuando la de Fortville esté evacuada.

REY. Pues estad seguros de que, si el marques está inocente, el rey no será injusto.

SAINT. Unos hombres, señor, desean hablaros.

REY. Mándalos entrar. Quedaos; (1) tal vez serán los indultados, yo quiero que sepais que un rey nunca es injusto.

ESCENA XXII.

Dichos, y cuatro asesinos.

ASES. Señor, vuestra clemencia nos obliga á ponernos á los pies de V. M.

REY. Quiénes sois.

ASES. Los que de orden del marques de Fortville devíamos cometer el horrendo crimen de quitaros la vida.

REY. Conocereis á ese hombre?

ASES. Sí señor.

REY. Le habeis visto desde entonces?

ASES. No señor; porque temiendo vuestro justo enojo apenas hemos vuelto á ver el astro del día.

REY. (2) Que venga aquí el marques de Fortville con cuatro caballeros.

(1) *A Eduardo y acompañamiento que hacen ademán de retirarse.*

(2) *Aparte y en silencio á Saint Claude: este sale y vuelve á entrar con Fortville.*

EL MUERTO

57

ESCENA XXIII.

Dichos, FORTVILLE y caballeros.

REY. Es alguno de estos caballeros el marques de Fortville? (1)

ASES. No señor, ninguno. (2)

REY. Qué! no está aquí el que os mandó darme muerte? (3)

ASES. No señor, no está. (4)

REY. Me han engañado!

FORT. Ah, cielo! que así defiendes la inocencia! Con qué al fin?... (5)

REY. Sí, Fortville, estás justificado; pero falta vengarte. Conoceis al conde de Voulebarde? (6)

ASES. No señor; aunque hemos oído muchas veces ese nombre.

EDUAR. Ah, señor!... por piedad!... Ya estáis satisfecho... (7)

REY. Llámale, y que le acompañen otros cuatro. (8)

EDUAR. Ay de mí!... infeliz!... Qué hice? Perdí á mi padre! (9)

FORT. No temas, Eduardo; no le perderás. (10)

(1) *A los asesinos; señalando á Fortville y á los caballeros.*

(2) *Después de mirarlos.*

(3) *Sorprendido y levantándose.*

(4) *Volviendo á mirarlos.*

(5) *Al rey.*

(6) *A los asesinos.*

(7) *Al rey.*

(8) *Aparte á Saint-Claude.*

(9) *Se coloca detrás de todos.*

(10) *Aparte á Eduardo.*

ESCENA XXIV.

Dichos, y VOULEBARDE, con caballeros:

VOUL. Ah! Qué veo! soy perdido! (1)

REY. Está aquí el marques de Fortville?

ASES. Si señor; este es, este, el que nos mandó quitarnos la vida. (2)

REY. Qué dices á esto, Voulebarde Gallas?

VOUL. Señor....

REY. Eres tú el justo?... (3) Decid al pueblo que el marques de Fortville está ya libre y restituido á mí gracia, porque es inocente. Decidle también, que el rey de Francia no será ya un tirano, sino un amigo del pueblo y un defensor de sus derechos. (4)

ESCENA ULTIMA.

EL REY, EDUARDO, FORTVILLE, VOULEBARDE, SAINT-CLAUDE, caballeros y dos del pueblo.

REY. Sí, virtuoso Fortville; tú vuelves desde hoy á ocupar el puesto que te pertenece por tus virtudes; y Voulebarde ocupará el que te estaba destinado; tú eres el que quería asesinarme. (5) Llevadle; entregadle al furor del pueblo, y decidle: «que ese es el que hizo al rey su tirano.» (6)

FORT. Señor, la única gracia que os pido para indemnizarme de mi injusta persecucion, es que no muera mi enemigo.

REY. Atentó contra mi vida.

(1) *Al ver los asesinos retrocede, y luego se acercará ocultando la cara, y con pasos lentos.*

(2) *Todos los cuatro asesinos dicen en alta voz: este es, señalando á Voulebarde.*

(3) *A los del pueblo.*

(4) *Al salir dos del pueblo de la escena, Saint-Claude dará un papel á los asesinos, y despues de hablarles un breve rato se retiran estos.*

(5) *A Voulebarde.*

(6) *A los dos que han quedado del pueblo.*

EL MUERTO



59

EDUAR. Ved que solo fué su intencion perder al marques de Fortville; y todo fué trazado por Le-Tourre. (1)

VOUL. Ah! Esa carta !...

EDUAR. Esa carta fué la causa de su muerte: quiso quitármela.

REY. Tú eres, Fortville, el agraviado.

FORT. Mi corazon jamás respiró venganza; y solo os pido me lo entregéis: yo seré su custodia.

REY. Ahi lo tienes.

VOUL. Oh, no, no! La muerte primero (2)

EDUAR. Padre mio! (3)

REY. Voulebarde!

FORT. Qué vas á hacer? No temas, soy tu amigo. (4)

VOUL. Mi amigo!

FORT. Sí; quiero preservarte del furor popular y que seas feliz conmigo dende he sido desgraciado. (5) Agradezco, señor, vuestra bondad, pero no puedo aceptar lo que me ofreceis; mi edad y enfermedades me inutilizan ya para las tareas de un ministro, que debe trabajar incesantemente para mejorar la suerte de su patria. Hombres tiene la Francia muy capaces de gobernar: buscadlos, pero solo en el pueblo los hallareis: no en ese rango que llaman nobleza, porque ahi solo encontrareis hombres que envanecidos con un título hereditario y que no supieron merecer, creen que nacieron los demas para ser sus esclavos: estos hombres ignorantes son incapaces

(1) Eduardo saca una carta abierta y la dà al rey.

Este lo lee.

(2) Voulebarde va á herirse con la espada.

(3) Deteniéndole.

(4) *Idem.*

(5) Al rey.

ces de gobernar, porque solo miran á sus intereses y no á los de sus semejantes. Buscad hombres libres y desinteresados, cuyo norte sea la justicia y el bien de su patria; y entonces sereis querido del pueblo, que verá en vos un padre y no un tirano.

REY. Pues bien, Fortville, la Francia fué siempre libre, y si mal aconsejado la privé de este don del cielo, la vuelvo hoy su libertad,

FIN DE LA COMEDIA.